

Dossier

Reflexiones críticas sobre el estado actual
de los estudios sobre genocidio

Introducción

Si bien el concepto de genocidio tuvo su nacimiento en la segunda posguerra, con la obra pionera de Raphael Lemkin (creador del neologismo) y la sanción de una Convención sobre Genocidio por las Naciones Unidas en diciembre de 1948, el estudio sistemático de las prácticas sociales genocidas necesitó casi otros treinta años para emerger, con la recuperación de las intuiciones de la Escuela de Fráncfort o de Hannah Arendt por la primera generación de autores del campo de los estudios sobre genocidio: Leo Kuper, Frank Chalk, Helen Fein, Kurt Jonassohn, Israel Charny, Barbara Harff, Henry Huttenbach, Eric Markusen, Ben Kiernan, Vahakn Dadrian, Richard Hovanissian, Zygmunt Bauman, entre otros.

Estos autores buscaron trascender los análisis de la experiencia del nazismo, intentando comprender lógicas comunes en procesos genocidas en distintas experiencias históricas y proponer distintas explicaciones para el uso del terror sistemático estatal, en particular en la modalidad de los genocidios modernos. A tal punto que, como modo de diferenciación de los análisis esencializadores de la experiencia nazi, el campo se llamaba inicialmente “estudios comparados sobre el genocidio”, para dar cuenta de la preeminencia de la matriz comparativa y la inclusión de otros casos históricos además de la experiencia nazi.

Mucho trabajo se ha realizado desde aquellas obras fundadoras de la década de los años ochenta y, ya en el siglo XXI, una segunda generación de autores ha emergido, problematizando nuevas cuestiones y cuestionando algunos de los presupuestos de la primera generación.

Si bien esta selección es incompleta, el dossier de este número de la Revista de Estudios sobre Genocidio se ha propuesto explorar algunas de las aproximaciones de investigadores que han desplegado el grueso de sus trabajos durante el siglo XXI, puestos ante el interrogante de dar cuenta del estado del campo de investigación desde su perspectiva.

Es así que el artículo de Alexander Laban Hinton, investigador de Rutgers University y presidente de IAGS (Asociación Internacional de Investigadores sobre Genocidio, por sus siglas en inglés) durante el período 2011-2013, se centra en el carácter crítico de esta segunda generación (siendo que muchos como el propio Hinton identifican actualmente el campo como *critical genocide studies*) como necesidad de revisar los presupuestos implícitos en el campo y permitir su puesta en cuestión: los mitos antropológicos de origen, la relación entre conocimiento y activismo, el atravesamiento del etnocentrismo, los riesgos de la canonización, entre otros. El texto concluye con riqueza señalando cómo algunos casos históricos han sido aceptados por dicho canon y cómo otros se encuentran en relaciones de mayor o menor cercanía con él, hasta encontrarse algunos total y definitivamente negados (lo que Hinton categoriza como los casos “olvidados”).

El trabajo de Sheri Rosenberg, investigadora del Instituto de Derecho Benjamin Cardozo de Yale University, recientemente fallecida, da cuenta de la comprensión del genocidio como proceso (fundamental en la segunda generación de investigadores sobre

genocidio), lo cual otorga su comprensión en relación al tiempo, que lo diferencia del análisis de un “acontecimiento”. En segundo lugar, analiza el riquísimo concepto de “genocidio por desgaste (*genocide by attrition*), creado por Helen Fein pero desarrollado también por Rosenberg, para dar cuenta de aquellos casos en los que el genocidio no se produce por exterminio directo sino como consecuencia de “las condiciones que hayan de acarrear la destrucción del grupo” (inciso 2c de la Convención sobre Genocidio), presentes en los casos de sometimiento intencional al hambre, hacinamiento, destrucción de las condiciones de salud, etc. Por último, Rosenberg destaca la importancia de la interdisciplina como posibilidad de crecimiento del campo, en la articulación de distintos saberes para el análisis de realidades complejas y multivariadas.

El artículo de Henry Theriault, investigador de la Universidad de Worcester, especializado en el análisis de las políticas de reparación, también propone cuestionar algunos “lugares comunes” del campo de estudios. Entre ellos, la permanente remisión a la obra de Lemkin como una “historia de los grandes hombres” que prescinde de comprender las condiciones de producción de un determinado conocimiento en función de las imposiciones de una época, así como impide avanzar en todo aquello que, precisamente por ser un hombre de su época, el propio Lemkin no pudo imaginar. También cuestiona Theriault la separación intencionada entre teoría y práctica, que dividiría a los investigadores de los “activistas”, fracturando el sentido de la producción de conocimiento y propone, por el contrario, pensar la posible evaluación de las “agendas políticas” de los investigadores desde un foco ético que no puede ignorar las consecuencias de la producción de conocimiento en las prácticas políticas, menos en un área como esta y, simultáneamente, cuestionar la creciente deslegitimación de lo que se suele denominar “narrativas de las víctimas”, deslegitimación que termina operando en una invisibilización e impunidad de los genocidas seriales. En tercer lugar, Theriault pone en duda la insistencia en una “prevención” militarizada de los procesos genocidas que se observa como abstracta, no da cuenta de las alternativas reales de acción y encubre otros intereses, como queda claro analizando el rol del Departamento de Estado norteamericano en el financiamiento de algunas universidades y grupos de estudio vinculados a estos temas, muy en especial a la “Responsabilidad de Proteger” como herramienta para la justificación del intervencionismo.

Por último, el trabajo de Elisa von Joeden-Forgey, investigadora de la Universidad de Pensilvania y actual vicepresidenta de la Asociación Internacional de Investigadores sobre Genocidio, se focaliza en la vinculación entre los estudios sobre genocidio y los estudios de género, tema también explorado en el trabajo previo de Theriault. Con eje en el análisis histórico de los casos de Darfur (Sudán) y Srebrenica (Bosnia), von Joeden-Forgey procura analizar cómo la ausencia de una perspectiva de género en el análisis de ciertos procesos genocidas se puede articular fácilmente con estrategias negacionistas.

Si bien, como se ha señalado, estos cuatro trabajos en modo alguno agotan las discusiones contemporáneas, constituyen el aporte de algunas dimensiones –entre muchas otras– que se encuentran en la actual discusión, como apenas un incentivo para observarlas como prismas de lectura de muchas de las discusiones argentinas y latinoamericanas, a veces estancadas en paradigmas antiguos o en problemáticas únicamente locales.

Estos cuatro trabajos fueron publicados originalmente hace ya unos años (2012 y 2013) en dos números especiales de la revista académica “Genocide Studies and Prevention” (publicación oficial de la Asociación Internacional de Investigadores sobre Genocidio, que nos ha autorizado su reproducción actual). Sin embargo, los autores (consultados para esta reedición) han actualizado sus trabajos en función de los cam-

bios ocurridos estos tres años y los han adecuado al público hispanoparlante, siendo que las versiones que aquí se publican son originales para la *Revista de Estudios sobre Genocidio* y fueron seleccionados precisamente por la incidencia de las problemáticas analizadas en los debates actuales del campo.

Esperamos entonces que estos planteos puedan resultar disparadores de nuevos enriquecimientos en el campo latinoamericano y permitir repensar, a su luz, muchos de los dilemas contemporáneos en nuestra región. —

Daniel Feierstein